

## Un nuevo cuentista

Escribe: POLICARPO VARON

El nuevo cuentista al cual alude el título es Roberto Burgos Cantor. Nació Burgos Cantor en Cartagena hace, creo, más de treinta años. Abogado, ejerce su profesión al tiempo que, lentamente, trabaja en una obra íntima, callada, solitaria, casi secreta. Este que comentamos hoy es su primer libro. Se titula *Lo amador* y procede de las prensas del Instituto Colombiano de Cultura. El libro no incluye dato alguno sobre el autor. Digamos, corriendo el riesgo de equivocarnos, de incomodar, que Burgos es hombre de afectos, de visible ternura, de talante contemporizador, de ánimo conciliador y pacífico. Sus pasiones son la literatura, los hábitos culturales de su tierra, el amor, la amistad, el bien cimentado prestigio de unos libros alcanzados con tesón pero sin esfuerzo, con pasión pero también con amor.

*Lo amador* recoge siete cuentos, o siete relatos inéditos de Burgos, inéditos hasta este momento. Algunos elementos, algunos pormenores, algunas circunstancias son comunes a los siete relatos. Voy a hablar de cada una de esas instancias.

El espacio: los cuentos de *Lo amador* suceden en un ámbito único, cerrado, circular, singular, común y cotidiano; es decir, un barrio de una ciudad de la costa atlántica colombiana, presumiblemente Cartagena. El espacio común los reúne, los cruza o los hace visibles frecuentemente. Así, en un cuento se habla, se ve o se presiente la figura del resto de los habitantes del barrio. Este espacio circular, común, singular, facilita la definición de unos rasgos, posibilita la comunidad de intereses, de mitos, de odios, de gustos, de afectos. El espacio común lleva a una unidad de experiencia y de costumbre que emparenta *Lo amador* con algunos de los libros de cuentos más característicos

de este siglo, de los últimos tiempos, de latinoamérica, etc. Esto no quiere decir que este libro tenga el talante adulto, el lirismo certero, pacientísimo, fertilísimo de algunos de los mejores cuentistas latinoamericanos (Rulfo, Onetti, García Márquez, el viejo Quiroga) pero sí —lo digo de una vez— es un hecho que si los libros de Burgos siguen siendo tan disciplinados, tan amorosos, tan enamorados del hombre, de la mujer y del paisaje como este, tendremos una obra en la cual los esplendores de la ternura serán iguales a los esplendores del lenguaje y de la belleza.

Un segundo elemento notorio en *Lo amador* es la unidad en el tiempo: casi todos los relatos suceden por los mismos años. Vale decir, hace unos tres, cuatro o cinco años. Esto, como en el caso del espacio, facilita identidades, comunidad, vida semejante. Burgos nos habla de los años próximos pasados, pero lo hace un sí es no es nostálgico de los años que se han ido. Se diría que el tiempo real de este libro, que el tiempo verdadero y único de *Lo amador* es el de la infancia o, acaso, el de la adolescencia de su autor. Los años que pasaban, que transcurrían en Cartagena en 1966, mejor dicho, en la década del 60 al 70, años abundantes de música, de muchachas, de deportes, de fuerza y de esperanza. En una palabra, los años de la abundante juventud.

La clase social de los habitantes de este barrio es, por otra parte, la misma. Son hombres y mujeres de clase media baja, son proletarios. Uno de ellos toca el tambor en una modesta agrupación musical, huye a Venezuela, se cartea con su hija Mabel Herrera que es aficionada al cine, a la música como su padre, y quiere ser cantante. Otro de estos personajes es un mecánico, incipiente actor; otro es una reina de barrio, hija de un obrero de construcción, quien contesta un estupendo reportaje a un periodista de la ciudad; en otro cuento, cuyos protagonistas nos parecen de clase media —profesionales, activistas políticos— se habla insistentemente de José Raquel Mercado. Un personaje más es una misteriosa prostituta que llega a habitar a esta comunidad por muchos motivos entrañable, para mí motivadora de las inclinaciones y el afecto del lector.

Hemos aludido a los hábitos de barrio, de comunidad. Realmente, los gustos, los afectos, la vida corriente de los pobladores de este lugar con hermoso nombre y, por otra parte, querible

tienen identidad. Comparten estos hombres y mujeres —muy jóvenes, llenos de esperanza pero también corroídos por la nostalgia y el fracaso temprano— una mitología, una cultura, unos placeres y unos sufrimientos. Esa mitología la estructuran la música, el cine, el deporte, las actividades comunitarias solitas dentro de una vida que cada día parece más anodina y sin sentido pero que se llena de significación cuando uno de estos personajes la adjetiva, la sustantiva en el recuerdo o la define con una actitud o con una observación.

Llegamos ahora al elemento capital de este libro: el lenguaje. El lenguaje del libro de Burgos es el lenguaje coloquial de la gente de Cartagena, del colombiano de ese status, del latinoamericano estratificado en los sectores que visita la pluma del joven narrador cartagenero. Es un lenguaje, digámoslo de una vez, de una ternura generosísima, de un poder de amor extenso, de una capacidad de convocar el ánimo y la inclinación del lector hasta la más honda aceptación. Es un lenguaje que al tiempo que recoge los ritmos, la cadencia, la entonación de la voz popular o común intercala literatura, recuerdo, nostalgia, memoria y voluntad de belleza. Es un lenguaje de una excepcional calidad por la vocación de felicidad, de ternura, de tranquila aceptación de vidas, destinos y hechos. El lenguaje de este libro —rigurosamente trabajado a lo largo de varios años, extrañamente bello en su precariedad— acerca *Lo amador* a un proyecto de literatura en la cual los mejores dones se unen a la bondad del amor, de la ternura y de la siempre nostálgica memoria de los paraísos perdidos y todavía esperados.

La unidad de todos estos elementos configura un libro unitario también, en el cual las secciones se ajustan, se complementan, se completan, conciertan de un modo agradable y notorio para el oído y la vista del lector.

Abundan en *Lo amador* los buenos rasgos orales, las observaciones sobre atuendo, hábitos, o cultura interna pertinentes y cuidadosas, es bueno el sentido del detalle, es excelente el poder de evocación de un pasado que puede estarse perdiendo, es admirable la ternura (repito), el sentimentalismo de este joven escritor por unos hombres, por unas mujeres, por unas criaturas que lo acogen y le devuelven un pasado y algo que fue suyo y que el autor conoce.

Pero es también notoria en este libro la pobreza. Cualquiera hallaría el argumento en contra de todos los elogios que han corrido aquí. Se trata de un libro reforzado por la nostalgia y, lo que es peor, por el sentimentalismo y por lo patético clase media o proletario. Burgos, es cierto, se empecina en los mitos, en los hábitos culturales de un conglomerado ya "fatigado" por la pluma de Valverde, de Caicedo Estela, de Eligio García, de Aguilera Garramuño, de Collazos... Quiero insistir, a pesar de eso, en que Burgos Cantor nos ha dado un bonito libro, un libro extraído de la pobreza, de ese venero parco, macabro y casi del todo inservible que es nuestra cultura prestada y a destiempo, esa cultura de la cual sacamos nuestra miseria y desolación cuantos estamos empeñados en traducir nuestro mundo en palabras...

El nombre del barrio de estas gentes de las cuales nos habla Burgos Cantor es *Lo amador*. En este barrio uno puede encontrar el teatro y el bar, en las paredes de las casas leyendas como esta: ARACELY PRIMERA, REINA DEL MUNDO.

El libro de Roberto Burgos Cantor tiene 95 páginas y, como dije al comenzar este comentario, es cuidadosa y bellamente editado por Colcultura...